

da de Carlos en el territorio de Colonia despertó una indignación hasta cierto punto nacional, bien que pasajera, en el emperador y en el imperio, y la prueba fué la heroica defensa de la pequeña ciudad de Neuss, que en 1474 y 1475 rechazó victoriosamente las fuerzas superiores del duque de Borgoña. Verdad es que hubo motivo para hacer un esfuerzo desesperado, porque Carlos había anunciado que, una vez dueño del Rin, sería á la vez elector, rey, emperador y Papa; que todos los príncipes electores con todos los demás serían sus esclavos, y que las ciudades habrían de entregarle sus riquezas, arrasar sus murallas y pagarle tan crecidas contribuciones que jamás podrían levantarlas otra vez. A la impresión que el súbito poder borgoñon produjo en el pueblo alemán, se agregó la impiedad inaudita que se atribuía al duque Carlos, el cual había dicho que Dios reinaba con sus ángeles y santos en el cielo y no se cuidaba de la tierra, en la cual debía reinar el duque con los suyos. Aquel enemigo de la libertad y campeón del absolutismo, no podía ser sino el propio Anticristo, que se burlaba no solamente del Papa y del emperador, sino de Dios mismo. El pueblo alemán sintió súbitamente el contacto como de un mundo nuevo. Desde muchos siglos no había conmovido un solo individuo la imaginación del pueblo alemán como la conmovió Carlos el Temerario. Pues bien, sobre este formidable adversario triunfó también la paciencia del emperador Federico. Derrotado Carlos por los suizos, consintió al fin en el matrimonio de su hija con el hijo del emperador y se celebraron los desposorios en 6 de marzo de 1476. Poco tiempo después quedó abatida la gloria de Borgoña en el campo de batalla de Nancy y Maximiliano se aprestó á conquistar la herencia que decidió del porvenir de su casa y la hizo gran potencia. María murió al cabo de poco tiempo de estar casada, y su viudo hubo de luchar años con Francia y los Países Bajos antes que fuese reconocido como tutor de su hijo Felipe en 1485, justamente cuando el emperador, su padre, huyó de sus Estados hereditarios ante el victorioso Matías Corvino; de suerte que pareció perdida para los Habsburgos la herencia de los Luxemburgo en Bohemia y en Hungría.

En 16 de febrero de 1486 fué elegido rey de Romanos por los príncipes electores el archiduque Maximiliano, pero este nuevo triunfo de los Habsburgos fué obtenido contra la voluntad de su anciano padre, que se resistió con toda su tenacidad á consentir en el nombramiento, y Maximiliano tuvo que arreglarse como pudo para alcanzar este honor. Haciendo poco tiempo que había enviudado, ganó el voto del elector Alberto Aquiles, que al parecer ambicionaba el título de rey de Romanos para su hijo Juan, ofreciéndole la perspectiva de un nuevo matrimonio con su hija. La oposición de Federico III á la elección de su hijo era tan sincera que el embajador de Venecia la celebró en su discurso de presentación como un acto de desinterés notable. En cambio, podemos admitir que la creación de la liga de Suabia en 1487 se efectuó con la cooperación activa de Federico III. Esta liga provocada por el aumento amenazador del poder de la casa de Wittelsbach, tan temible para el emperador como para la nobleza y las ciudades de Suabia, se extendió rápidamente con el ingreso del príncipe elector de Maguncia, de los Hohenzollern de Franconia, y del mismo joven rey de Romanos en 1490, como sucesor del duque Segismundo. El mismo Alberto de Baviera, antiguo adversario de los Habsburgos, juzgó prudente para su seguridad ingresar en la liga, la cual sin disputa constituyó la fuerza política y militar más imponente de Alemania, y sin la cual ningún cambio interior podía realizarse. La reforma del imperio se había ido haciendo indispensable y urgente, á pesar de no armonizarse en muchos puntos con los intereses de la casa de Austria, la cual, entre-

tanto, iba avanzando por el camino que la condujo al puesto de gran potencia.

Desde el reinado del emperador Segismundo, la cuestión de la reforma del imperio ocupó á los parlamentos, bien que el resultado invariable de sus discusiones, según observó Eneas Silvio en són de burla, era la convocación de un parlamento nuevo para resolver este problema. El programa de las tareas de la Dieta comprendía: la imposición de la paz interior y general, la división del imperio en distritos, la creación de una contribución general y varios proyectos que desde las guerras, es decir, desde medio siglo antes estaban pendientes de solución. Se oponía, en efecto, á todo arreglo no solamente la ninguna disposición de los miembros del parlamento para hacer el menor sacrificio y la más pequeña concesión en aras de la nacionalidad común, sino también la muy fundada desconfianza mutua y la de todos respecto del emperador. Las ciudades temían dar á conocer su riqueza con motivo de la contribución general, y los soberanos alegaban con razón la dificultad de hacer aceptar por los brazos de sus Estados una imposición decretada por el imperio. El mismo Alberto Aquiles, partidario firme del emperador, se declaró en 1480 contra toda contribución general, diciendo que era un tributo injusto é indigno del carácter alemán, y que el ejemplo dado por la monarquía francesa debía ser suficiente para rechazar semejante imposición. Del emperador decían los príncipes que, estando arruinado, quería que ellos lo estuviesen también. Con las ciudades casi no había medio de tratar, porque continuaba sin resolver la cuestión radical de si debían tener voz y voto en el parlamento. Por costumbre, antigua ya, pero nunca formalmente reconocida como derecho, enviaban como tercer estado sus representantes al parlamento, donde deliberaban con los príncipes electores y demás soberanos; pero aquellos representantes solían esquivar generalmente compromisos, alegando que no tenían poderes suficientes. Con esto las ciudades se habían colocado en un terreno tan falso, que ni siquiera fueron invitadas á asistir al parlamento del año 1486, el cual decretó la aportación de un fuerte auxilio. Faltaba, sin embargo, decidir si las resoluciones del parlamento eran obligatorias para los miembros ausentes, y los innumerables soberanillos que no reconocían otro superior más que el mismo imperio, del cual eran miembros soberanos, eran desde luego adversarios de toda innovación que implicara la menor sombra de servidumbre ó sujeción á un poder superior, como lo sería un poder central.

Eran necesarios mucho valor y constancia para formar y sostener un plan de reforma fijo, y para no desesperar de un arreglo de aquel caos. Bertoldo, de la familia condal de Henneberg y príncipe elector de Maguncia, consiguió dar consistencia y plan al partido de la reforma; pero este plan era muy contrario á los intereses del emperador y de su partidario el príncipe elector de Brandeburgo Alberto Aquiles, si bien éste poco antes de su muerte dijo que para acabar con la impotencia del imperio eran condiciones indispensables el orden y la paz interiores, una justicia recta y una moneda común para toda la Alemania.

El príncipe elector de Maguncia consideró la lucha por la reconstrucción del imperio como la misión principal de su vida, y aunque era conservador en materia eclesiástica, formó el plan de hacer de Alemania una república gobernada por un consejo dotado de todas las atribuciones de un gobierno general, en el cual predominaría la influencia de los príncipes electores. En otro plan posterior concedió la autoridad soberana á una asamblea anual de los brazos ó estados presidida por el rey, que no conservaría del poder real más que el nombre; pero el fogoso Maximiliano no admitió este

plan. Después de la muerte de su padre, ocurrida en el año 1493, estaba impaciente por convertir el imperio en instrumento de su política ambiciosa. Para esto trató en vano de excitar el sentimiento nacional; el parlamento se opuso á toda empresa seria en el extranjero mientras no se hubiese establecido el orden en el interior. El rey se quejó de que al discutirse asuntos del imperio en el parlamento de Worms, se le había obligado á estar aguardando de puertas afuera, y manifestó que en adelante no quería estar atado de pies y

manos. Pero lo que no había querido consentir en 1495 en Worms, lo tuvo que aceptar en 1500 en el parlamento de Augsburgo, el cual confió el gobierno del imperio, con inclusión de la política extranjera, á un consejo permanente de veinte individuos bajo la presidencia nominal del rey, pero en el cual predominaban los príncipes electores. Esta reforma duró poco; en la tentativa que se hizo para reconciliar al rey de Romanos con el de Francia á fin de asegurar al imperio la paz, que tan necesaria le era, el consejo gubernativo



Maximiliano I

Facsimile reducido de un dibujo de Alberto Durero, que se conserva en la Biblioteca Albertina de Viena

desempeñó un tristísimo papel que casi rayaba en traición; y el embajador francés pudo decir en alta voz al príncipe elector Bertoldo y á otros miembros del consejo, que el rey de Romanos se había dejado sobornar en el conflicto italiano por 30,000 ducados. Maximiliano se vengó de esta acusación: cuando el consejo citado murió de inanición á causa de la indolencia invencible de los miembros del parlamento, Maximiliano declaró públicamente que el consejo de gobierno había sido en el fondo obra del rey de Francia, el cual había pagado 200,000 coronas al elector Bertoldo por sus buenos servicios.

Los esfuerzos de Bertoldo para concentrar la atención de los representantes del país, es decir, de los brazos que constituían el parlamento, en los asuntos interiores del imperio, no encontraron eco ni en los príncipes y señores ni en la nación en general. En los escritos de aquella época rara vez se

manifiesta el deseo de que se establezca un gobierno representado por un colegio permanente, á manera del «senado romano»; el anhelo general era ver restablecidos el poder y lustre del imperio enfrente de las demás naciones; por tanto, un gobierno ó senado de príncipes que no atendía á este deseo no podía conquistar grandes simpatías.

Suprimido ya el consejo permanente de gobierno, Bertoldo restableció el antiguo colegio de príncipes electores para tenerlos reunidos, y su disposición fué tal, que se habló de destitución del rey; pero Maximiliano no se parecía á Wenceslao: gran número de obispos le debían sus mitras y la mayoría de los príncipes jóvenes del imperio eran partidarios del rey guerrero. En 1504 ocurrió el conflicto decisivo en la contienda por la herencia de los Estados de la línea de Landshut. Este conflicto dió al rey la deseada ocasión de humillar profundamente al elector del Palatinado, cuyo hijo

segundo pretendía sostener con las armas sus derechos á toda la herencia. Cantos populares celebraron la victoria de Maximiliano sobre los aliados bohemios del elector del Palatinado. El elector de Maguncia, Bertoldo, murió durante la guerra, que acabó con su partido, y un observador veneciano escribió que el rey era ya casi omnipotente porque ninguno de los príncipes se atrevía á oponerle resistencia.

«La entidad política, llamada imperio alemán, — dice Droggen (1), — había llegado al punto de su evolución en el cual debía, al parecer, decidirse si los nobles serían una clase de patricios á la manera de la alta aristocracia inglesa y los alemanes una nación, ó si los primeros serían reyezuelos soberanos independientes cada uno y los alemanes súbditos de ellos, es decir, de su respectivo reyezuelo.»

La opinión pública, el pueblo, creía firmemente en la monarquía y en un emperador que lo sacara de su estado político y social embrionario y confuso. Falta saber si Maximiliano estuvo á la altura de su misión y por qué no la cumplió.

Desde luego el emperador Maximiliano es y será una de las figuras más interesantes de la historia de Alemania. Su popularidad indestructible fué consecuencia de su carácter y persona, ricamente dotada por la naturaleza, y que por su viveza exuberante, heredada de su madre, princesa portuguesa, contrastaba completamente con el carácter pasivo y hasta letárgico de su padre, sin que por esto dejara de ser en su modo de sentir y de proceder un verdadero alemán. Su viaje novelesco á la corte de Borgoña, sus famosas aventuras de caza y su destreza en las justas y demás diversiones de los caballeros nobles de la época, andaban de boca en boca y le hacían el héroe favorito del pueblo. En todas las situaciones estuvo al parecer en su elemento, sin dejar nunca de demostrar que había nacido para monarca. Con igual facilidad conquistó los corazones de la soldadesca ruda y mercenaria que los de los literatos, los humanistas y los de las mujeres.

Más adelante hablaremos de su índole personal, pues por lo pronto nos interesa examinar solamente la influencia que su genio exuberante ejerció en su conducta política de monarca. Sabida es su afición á mezclarse en política; en el campamento, como en las asambleas de los príncipes y ciudades del imperio, lució repetidas veces su oratoria; le gustaba ser su propio abogado, y sabía que, arrebatado por la impresión del momento, sus palabras elocuentes penetraban «como oro derretido» en los corazones de los que le escuchaban ó leían. En muchos manifiestos políticos supo comunicar á todos los países de Alemania los pensamientos y pasiones ardientes que le dominaban. Hasta fuera de Alemania empleó este medio de influir en el espíritu público, como lo prueban sus proclamas italianas del año 1509, en que se presenta como protector de los oprimidos y excita al pueblo veneciano á levantarse, sacudir el yugo de la oligarquía y restablecer la igualdad antigua. Sabía explotar también la superstición de las masas y rodear su persona de una aureola maravillosa, superchería indispensable entonces para imponer respeto al pueblo alemán. Con este objeto hizo saber en el año 1503 que Dios le había advertido, por medio de una piedra que había dejado caer del cielo, que él era el encargado de desviar la cristiandad de sus extravíos y grandes pecados, y volverla á la senda verdadera, para salvarla y aumentar y conservar su fe. Fomentó ávidamente la fábula de que al prestar juramento en Constanza, habían acudido á prestarle homenaje dos ciervos y un faisán. Con tales medios consiguió efectivamente la popularidad que buscaba, sin hacer nada en favor del pueblo, el cual llegó á creer que desde la pasión y muerte de Cristo nadie había padecido tanto

(1) Profesor de historia desde 1859 en la universidad de Berlín y uno de los historiadores alemanes modernos de más fama. (*N. del T.*)

como el alegre y vividor Maximiliano. El papel de jefe de la cristiandad y de vencedor de los turcos fué la ambición de toda su vida y la que más de una vez influyó en sus cálculos políticos. Algo de estos ensueños heredó su nieto, el emperador Carlos V. El casamiento con la heredera de Borgoña impelió á Maximiliano por otras sendas, porque tuvo que guerrear en Italia y en los Países Bajos con las grandes potencias occidentales, especialmente con Francia, la cual le impidió defender con la energía necesaria los intereses de su casa en el extremo oriental del imperio; circunstancia capital que influyó fatalmente en toda su carrera política. En vano los apologistas de la casa de Habsburgo han querido sostener que los intereses de esta casa se identificaban entonces con los de Alemania; no lo han podido probar nunca, pues es evidente que el imperio no se hallaba en condiciones de arrojar á una política de conquistas, á pesar de todos los cantos y fantasías patrióticas que celebran á porfía los derechos y pretensiones del emperador al imperio universal, la expulsión de los turcos y la humillación de los italianos.

Maximiliano no era hombre de combinaciones profundas, vastas y fríamente calculadas; la política grande era su pasión, pero en este arte no llegó nunca á ser maestro. Era partidario de la escuela moderna; no tenía escrúpulo en faltar á su palabra, y aun superó en informalidad á los políticos más informales de aquellos tiempos, en que estas cosas eran corrientes. Su conducta tenía por norma el consejo de Maquiavelo de engañar á los hombres con destreza y maña sin cuidarse de la honradez ni de la fidelidad. Véase lo que de él dice el mismo Maquiavelo: «Su cuerpo y su espíritu están en agitación continua, y con frecuencia deshace por la noche lo que ha decidido por la mañana.» Esto hizo mucho daño á su crédito, tanto en el imperio como en el extranjero, donde se conoció luego que su volubilidad no era tanto efecto de astucia como de ineptitud para seguir una idea y un plan fijos. Dominábale además un miedo indescriptible á todo compromiso y dependencia y á ser gobernado por otros, y para evitarlo ocultó sus proyectos é intenciones hasta á sus consejeros de más confianza. El canciller se quejó de que el emperador quería disponerlo, revisarlo y enmendarlo todo, y Maquiavelo dice también: «No consulta á nadie y cree á todo el mundo.» Esta costumbre unida á su natural variable produjo en su cerebro un cambio continuo de proyectos, á veces muy fantásticos, como se vió en 1495 en el parlamento de Worms, al cual pidió tropas, ora para salvar al Papa, ora para marchar á toda prisa á Milan, para enviarlas á los Países Bajos y hasta para atacar á Francia. Habiendo sido el deseo de toda su vida, según decía, hacer la guerra á los turcos, amenazó un día que haría alianza con ellos y les dejaría por botín toda la Italia; pero su ocurrencia más estúpida fué la de reunir en su cabeza la tiara y la corona imperial, pues es positivo que trató de suceder al papa Julio II en la silla de San Pedro. De todas estas ideas extravagantes le distraía la pasión por la caza, que pasajeramente le hacía olvidar todo; por una cacería expuso su vida y libertad en medio de una campaña en territorio enemigo, y si hubiese podido, habría convocado el gran parlamento de reforma de Worms en una región alpina para cazar allí gamuzas. A esta inconstancia y ligereza de ánimo se agregaba en Maximiliano I, con grave perjuicio de sus propósitos políticos, la mayor ineptitud en el manejo del dinero. Siempre estaba sin él, y lo peor era que nadie acertaba por dónde ni cómo desaparecían los grandes ingresos con que contaba. En sus hábitos era sencillo y frugal, pero era liberal sin criterio, mientras sus grandes proyectos le obligaban á gastar mucho en puro aparato y á menegar subsidios y dinero prestado, tanto que un cronista de Venecia dijo que por un ducado hacia el rey de Romanos

cualquiera cosa, y Maquiavelo dice: «Aunque los árboles tuviesen en lugar de hojas ducados, no bastarían á Maximiliano, que con sus desórdenes se crea siempre nuevos apuros, con nuevas exigencias, nuevos parlamentos y, á consecuencia de su descrédito, con acuerdos cada vez más insignificantes y peor realizados.»

En semejantes condiciones eran inevitables los descalabros políticos y militares que señalan la carrera de Maximiliano, que, sin embargo, condujo á la casa de Habsburgo á su gran porvenir. En vida de su padre tuvo que abandonar la corona de Hungría á los Jagellones, y mientras combatía y negociaba en el extremo oriental, la heredera de la Bretaña, con la cual estaba casado ya Maximiliano por poderes en segundas nupcias, se casó con Carlos VIII, rey de Francia. Lo que hizo el ultraje doblemente escandaloso fué la circunstancia de que el mismo rey de Francia estaba desposado hacia años con Margarita, hija de Maximiliano. Los suizos trabaron estrecha amistad con Francia y rechazaban la influencia y las pretensiones del imperio alemán, y la campaña emprendida en 1499 contra ellos para reducirlos á la obediencia, solo sirvió para demostrar la discordia interior y la impotencia del imperio. El terreno más desgraciado para la política de Maximiliano fué Italia, donde la rivalidad de España y Francia creó una confusión de conflictos y combinaciones políticas con los Estados italianos. Las campañas y los cambios rápidos de alianzas que hizo Maximiliano no produjeron fruto alguno permanente, pues aun cuando los intereses de su casa en las luchas por Milan y en la guerra contra Venecia tomaron un aspecto muy favorable, habiendo los suizos ganado á Milan contra los franceses, y habiendo Maximiliano con los ingleses derrotado á los caballeros franceses cerca de Guinegate, cambió de nuevo la situación general á consecuencia de la victoria alcanzada por Francisco I, cerca de Marignani, en el año 1515. La última expedición armada que en el año siguiente emprendió Maximiliano á Italia acabó vergonzosamente, no obstante haberse presentado la situación tan favorable que, según la expresión robusta de un embajador inglés, habría podido pasar adelante un borrico, cuanto más un emperador. A pesar de estos descalabros, Maximiliano consiguió para la casa de Habsburgo por medio de alianzas de familia la perspectiva de llegar á formar toda una monarquía universal europea. El mejor negocio de esta clase fué el casamiento de su hijo con una princesa española; triunfo tan rápido como completo, debido á una serie de circunstancias imprevistas. El único hijo varón de Maximiliano, el archiduque Felipe, se casó en el año 1496 con Juana, la hija segunda de los reyes católicos Fernando é Isabel, y Juan, el sucesor de éstos, contrajo matrimonio al año siguiente con la hermana de Felipe, Margarita, la desposada de Carlos VIII, rey de Francia, que la había repudiado para casarse con la heredera de la Bretaña. La muerte trabajó por el joven archiduque, pues uno tras otro, murieron en poco tiempo el infante don Juan y el tierno infante portugués don Miguel, hijo del rey don Manuel y de la infanta Isabel, hija mayor de los reyes Católicos, que había precedido en la tumba á su tierno hijo. El archiduque Felipe, después de una empeñada lucha con su suegro, consiguió que se reconociera su derecho á la corona de Castilla; pero murió también al poco tiempo. Su esposa Juana, que desde algunos años antes había dado ya señales de locura, perdió por completo la razón; pero su hijo Carlos estaba destinado á ser el monarca más poderoso de cuantos la Europa había visto en muchos siglos. En vano el viejo rey Fernando se casó en segundas nupcias con Germana de Foix, sobrina de Luis XII, para tener sucesión directa y no dejar el trono de España á su yerno el odiado austriaco; en vano deseó la muerte á su propio nieto; él murió

antes que el emperador, abuelo paterno del niño, para gran fortuna de la casa de Habsburgo.

Maximiliano no descuidó por los intereses de su casa en España los que podía fomentar en el Norte y Este. Casó á su segunda nieta Isabel con Cristian, rey de Dinamarca, é inmediatamente después hizo un pacto de familia y de sucesión mútua con los dos Jagellones, el rey de Bohemia y el de Hungría; pacto que fué un gran triunfo para la familia de Habsburgo, pero una gran desgracia para los intereses del imperio. Supo valerse hábilmente de las armas del soberano ruso y de las del gran maestre de la orden teutónica para obligar al rey Segismundo de Polonia á dar su consentimiento, como lo dió en el congreso de Viena del año 1515, á los desposorios de dos hijos del rey Felipe, María y Fernando respectivamente, con el hijo y la hija del rey Uladislao de Hungría. Conseguido esto, Maximiliano, que había excitado á la orden teutónica contra los polacos, abandonó la orden y sus territorios á la venganza de sus enemigos. Satisfecho un deseo favorito de la casa de Habsburgo, poco le importaba á Maximiliano que territorios alemanes cayesen en poder de sus contrarios los polacos.

Era pródigo de frases patrióticas y de sinceridad; se preciaba de hombre formal y honrado en sus relaciones diplomáticas, y de su solicitud por el bien y el honor de la nación alemana; pero de él podía decirse lo que se dijo del papa Leon X, que cuando empezaba á hablar de lo más recóndito de su corazón, debía creérsele menos que nunca. Detrás de la aparente naturalidad con que manejaba el lenguaje sencillo y enérgico del pueblo y adoptaba sus usos, se ocultaba aquella falacia sutil que los alemanes se habían acostumbrado á señalar como defecto nacional y principal de los italianos.

La treta que Maximiliano jugó á los ingleses en 1516 y 1517, aprovechándose de la buena fe y poca malicia del embajador inglés, excede de todo límite imaginable. Para lograr su cooperación á la miserable campaña del Norte de Italia, les prometió que juntos caerían sobre la Francia y además cedería á Enrique VIII el Milanesado y la corona imperial; y para sacar más dinero de Inglaterra, negó radical y simplemente el convenio que entretanto había firmado en Noyon con Francia y España en 4 de diciembre de 1516, en cuyo convenio había renunciado solemnemente á todos sus derechos sobre Italia á cambio de una indemnización de 200,000 ducados. Al mes siguiente, en 17 enero de 1517, no pudiendo ya negarlo todo al embajador de Inglaterra, tuvo el descaro de jurar que jamás había dado motivo á desconfianza alguna; que los franceses creían tenerle ya en su mano porque tenían su firma y sello, pero que el rey de Inglaterra, Enrique VIII, tenía aun mayor garantía en su juramento solemne, al cual jamás faltaría. «Además, — añadió señalando las insignias de la orden de la Jarretiera que llevaba, — me encuentro ligado por esta orden; y ahora os he dado á conocer á fondo con palabras y hechos mi corazón y mi ánimo; para hacer más sería menester abrir mi corazón á fin de enseñaros lo que dentro hay escrito.» ¡Toda esta farsa indigna no tenía más objeto que el de sacar dinero! Repugnantes son por demás las arterías y mañas que empleó para obtener del gobierno inglés todo el dinero posible; repugnante es también su manera de mendigar algunos miles y hasta algunos centenares de florines, cuando no había esperanza de sacar más; aun más repugnante es su seducción de un embajador inglés para la falsificación de una letra de cambio, y la extorsión á la fuerza de la firma de otro embajador; y ¿qué diremos del soez cinismo con que dijo á su nieto, el joven rey Carlos: «Hijo mío, tú engañarás á los franceses y yo engañaré á los ingleses?» bien que añadió al